

tununa mercado

las sirvientas peruanas. sindicato y clase

Los testimonios de “trabajadoras domésticas” que recogió en el Perú Ana Gutiérrez y que pronto publicará el Fondo de Cultura Económica en México con el título *Se necesita muchacha* —en su Colección “Tierra Firme” y con un prólogo de Elena Poniatowska— son, ciertamente, un material muy valioso para ser analizado —con discreción, la recopiladora lo hace, en intersticios del texto— desde distintas perspectivas del conocimiento. Un

—Me recuerdo, cuando tenía seis años nomás, mi hermana me entregó a una señora de este pueblo.

sociólogo, un economista o un antropólogo prestarían especial atención a ese patético desplazamiento poblacional del campo a la ciudad que surca la trama de los relatos y podrían medir sus

“Me voy a perder lejos, hasta que ya no me encuentren”. Entonces esa noche entré al cuarto y nada alcé, ni gallina, nada. Sólo he levantado una frazada que yo había comprado.

implicaciones y hasta trazar un esquema estadístico que redujera a un cuadro las relaciones económicas y sociales de esa forma

Ahí comenzaron seis años de juicio. Ahí se ha terminado nuestras vacas, todo nuestro ganado, ahí hemos ido a trabajar. Si no, nunca hubiéramos llegado siquiera a trabajar nosotros porque mi mamá siempre decía: “Mis hijos nunca servirán a la gente, porque no tienen por qué servir. Prefiero que me coman a mí”.

de tan específicamente medieval de dominación. (Véase texto de José Carlos Mariátegui, 81.)

Pero los testimonios, grabados y transcritos, y posteriormente discutido su ordenamiento por las propias testimoniadas —ya entonces organizadas en un sindicato y en condiciones de abordar con lucidez sus historias de vida— son algo más que un material destinado a los investigadores sociales. En primer lugar, aun antes de poder ser desmenuzados en las mesas universitarias o de ser auscultados para oír sus vibraciones más subjetivas —lo cual abriría inesperadas perspectivas de análisis a los psicólogos— esos testimonios tendrían que figurar en las agendas de los organismos internacionales de defensa de los derechos humanos.

Al día siguiente se hizo desaparecer una mina del lapicero Parker y de eso también me ha pegado, todo ha roto en mi cuerpo, todo lo que había de madera, el cucharón, la escoba, las tablas de madera se han roto en mi cuerpo. Con la escoba me ha dado en mi ojo, dos meses creo ha estado verde mi ojo.

La violencia física y psíquica ejercida sobre la víctima, el castigo, la violación, la tortura, la prisión, el secuestro, figuras de la opresión que constituyen el cuerpo de la denuncia en esos foros, son los modos que adopta en el Perú la explotación

A las cuatro de la mañana nos bañaban con agua fría, nos pegaban, nos pateaban como pelotas, así nos hacían.

de sirvientas. Estas violaciones a los derechos humanos ya habían sido registradas en *Simplemente explotadas. El mundo de las empleadas domésticas de Lima*, un riguroso trabajo realizado por Alberto Rutté García y por DESCO (Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo) en 1973, que sus autores calificaron, por modestia quizás, de exploratorio y descriptivo. El trabajo aquél fue un intento muy valioso de interpretar el problema del sometimiento, la alienación individual y el marginamiento económico de la servidumbre doméstica con un enfoque socio-psicológico. (Véase un comentario al libro, en *fem.* (Vol. I, No. 4, p. 92, 1977). Sólo

Yo tenía una estampita de San Martín en un rincón del cuarto y cuando me pegaba, le pedía llorando al Fray Martincito, y una fecha, esta estampita tiras lo ha hecho la señora: “A ver, ¿a quién te vas a pedirte ahora?”, diciendo.

en una segunda instancia, “por elevación”, el análisis crítico de Rutté tenía propósitos políticos.

En *Se necesita muchacha*, el objetivo es más directamente político. Los testimonios aparecen desnudos, con muy pocas —aunque sí muy acertadas— anotaciones, como si los investigadores o la investigadora se hubieran propuesto hablar en voz baja dejando

Dentro de la casa me pegaban fuerte, y cuando lloraba, ahí mismo me hacían callar para que no se den cuenta, a correas nomás me hacían callar.

más bien que las voces de víctimas y verdugos "entablen", valga la paradoja, su antagonismo, marquen con tintas perfectamente definidas sus contradicciones y los dos campos enemigos aparezcan delineados con toda claridad.

El caballero también era bueno; claro que cuando se salía su hija a la calle, nos cerraba afuera con candado y nosotras allí esperando. La señora dormía en su catre y yo junto, al lado de la señora nomás dormía en el suelo. No tenía pena porque era muy chiquita y además la señora me decía que era como su hija, que me iba a criar como a su hija, que iba a educarme, que iba a estar todo junto con ellos, por eso no tenía pena.

La mezquindad de las patronas y patrones —que literalmente hambread a sus siervas— es sólo un punto en el arco de violencia que va a culminar en el castigo corporal directo pero que ya se manifestaba en el simple ejercicio de la explotación.

Así era esa señora. Los pancitos que no terminaban los pensionistas, eso como oro se lo guardaba. Y nosotros no comíamos nada, una sopita nomás la cocinera nos servía, pero qué cosa sería si ya no quedaba casi nada.

Ella tenía su esposo, era un malvado. Me agarraba a patadas, malo era, malo. Me llevaba de mis cabellos a cualquier parte.

Me dejaba en la casa solita con su guaguüita para lavar, planchar, cocinar, limpiar los cuartos, lavar sus pañales del bebe, cuidar el bebito. La señora a las seis de la mañana se iba y regresaba a las siete de la noche. Todo el día no la veía a su hijita.

Todo se confunde, el golpe, la sobrecarga de trabajo, el exceso de disciplina, la imposición de castigos, la soledad, la búsqueda ilusoria del compañero, un sometimiento que se arrastra desde la cuna y que cobra formas alucinantes en el encierro concentracionario de la servidumbre.

Cuando llegaba tarde, me tenía parada en la pared, con piedras en las dos manos, así encruzada.

...y a veces me echaba con agua sucia, me pegaba con las uñas, me agarraba de mi cabello y me echaba a la pared mi cabeza, y no podía a quién quejarme, porque mi papá estaba en mi pueblo.

No tenía amigas nadita, yo estaba en esa casa clavada nomás, no salía para nada, ni domingos; tenía que trabajar nomás.

Antes no sabía cómo son los hombres. Yo me conocí con ese hombre nomás. Algunos tal vez serán buenos, qué será, pero yo pienso que todos los hombres son así.

Yo antes andaba con mis pies verdes, con mis piernas verdes nomás.

Ya no voy a atender a otro hombre, me pegaba, sola nomás ya mejor, sola ya no va a pegarme nadie, así estoy

pensando. Yo no me asusto de ninguna persona, quiero vivir sola nomás. Amigas nunca he tenido.

Tampoco no quería que converse con las otras empleadas, nada. Me tenía arriba en los altos a hacer todas las cosas. No quería que me baje abajo donde estaban las otras empleadas.

El esfuerzo —cargas pesadas, acarreos, tareas extenuantes— el infierno del cuerpo exigido hasta el aniquilamiento es la armadura, el sostén de un texto sólo comparable a los desoladores testimonios de nuestras cárceles latinoamericanas actuales.

Nos íbamos días sábados al Cusco a comprar carne, azúcar, pan para toda la semana, y todas esas cosas cuando tenía recién siete años, yo nomás cargaba hasta el pueblito. La señora no cargaba, apenas llevaba sus libros y su cartera, su bolsoncito nomás jalaba y normal me parecía, no me daba cuenta.

... y yo no tenía dónde dormir, entonces la señora me llevó en los altos, y allí había un cuarto vacío con un ropero lleno de periódicos, y con esos periódicos me tapé en las noches.

A las cinco de la mañana debía estar lista la comida para que se lleve ella, y una mañana no estaba preparada la comida cuando entro, me había quedado dormida porque recién a las doce de la noche me dormía: "Hasta estas horas duermes, claro, la señorita tiene que dormir de tanto que ha trabajado", y con agua fría me baldeó.

... ahí mismo en la boca me daba, me pellizcaba de la oreja, me jaloneaba de mi cabello. Cuando mi cabello era grande ya de eso también se aburrió, de lo que yo me lavaba: "Claro, la señorita se está lavando el cabello, pues", y mi cabello me cortó chiquitito.

Coja llegué al Cusco, y gratis trabajé con mi hijo. Donde un abogado trabajé.

Esa señora muy mala había sido. Mucho me pegaba, me pateaba. 6 meses nomás me quedé porque me pateaba, por eso no me aguantaba, esa señora medio loquita había sido. pues.

En medio de ese grito lacerante —que si convoca a la piedad o a la indignación es sólo por la injusticia que revela y no por que quienes testimonian se lo hubiesen propuesto— en esa "herida en la carne y en el alma" (sería difícil encontrar otros términos para dar cuenta de la crueldad y el sufrimiento que ponen al descubierto los relatos), poco a poco comienza a insinuarse un brote, imperceptible al principio pero que va teniendo volumen real: la conciencia que cobran estas mujeres de su situación.

En la escuela la compañera Cirila me dijo: "Hay un grupo". Yo cuando escuché de grupo, ahí mismo dije: "Llévame, ¿dónde es?" porque siempre en Lima pensaba;

"¿Por qué no nos juntaremos, por qué no haremos todas las empleadas? No creo que yo nomás sufriré, no creo", diciendo.

En el segundo momento de esa gestación concreta, progresivamente inalienable, de la dignidad humana, está la integración al sindicato, que comienza a ser entendido como una recuperación del afecto, hasta ser un movimiento estrictamente político y, lo que es más, clasista.

¿Qué sería un grupo donde estaríamos hartas? ¿que sería? gritaríamos, entre todas las insultaríamos a esas patronas que nos friegan en todo", diciendo. Siempre yo pensaba eso.

Ya me di cuenta poco a poco de lo que es el Sindicato y después ya me gustó el Sindicato, y ya he tomado al Sindicato como un padre, como una madre, porque yo nunca he tenido el cariño de un padre, de una madre.

Y así poco a poco he estado comprendiendo que la lucha no es sólo de nosotras las empleadas, sino que es una lucha grande de toda la clase trabajadora.

He llegado a comprender que el problema de nuestra persona es chiquito, pero que el problema de los pobres, el problema de nuestra clase es grande.

Un recorrido por los textos de Aurelia, Eulogia o Tomasa permite reconstituir un proceso: el sufrimiento puramente visceral abre paso a la verificación de que otras mujeres padecen la misma violencia y son víctimas de la misma opresión; de allí se llega a otros estadios paulatinamente teñidos de una comprensión crítica de la suerte personal que se corre o se ha corrido; el Sindicato es sólo el punto final en términos organizativos: el espacio que ha abierto permite pensar la realidad políticamente y, por lo tanto, crea la instancia de la transformación o del cambio. En ese trayecto, aparece también la dirigente, Egidia Jaime, (véase su documento,) la figura en cuya historia todas se ven reflejadas y que habrá de ser el modelo en el que se trasciende la frustración o, si se quiere, la neurosis de destino.

Los pretextos de la burguesía *

“Pero donde la explotación de la juventud llega al colmo, es indudablemente en la propia casa del burgués. Ahí los encontramos desempeñando las funciones de mandadero, ama seca, cocinera, lavandera, en fin todas las funciones propias de los “sirvientes” trabajando desde las seis de la mañana hasta las diez u once de la noche, hora en que terminan sus labores para ir a dormir en su “cama” (que mejor la tiene el can en la casa del burgués). La forma de “reclutamiento” de estos “cholitos” nos demuestra también el espíritu medieval

de nuestra burguesía: un latifundista o gamonal manda desde sus “dominios” a criaturas arrancadas a sus padres so pretexto de que las mandan a leer y escribir a casa de sus familiares, compadres, o amigos de la ciudad, donde los hallamos descalzos, semi desnudos, y con las consabidas “costuras” en la cabeza, señales todas del “buen trato” que les dan. El salario que gana esta masa juvenil son los zapatos y ropa vieja del “niño”, y cinco o diez centavos como propina a la semana”.

El sindicato nació de las lágrimas

Yo he trabajado llegando del campo asustada, agachando la cabeza. Me exigían que yo diga: niño. “Nosotros no somos como tú, con pollera y montera.” Pero yo veía que tienen igual nariz, boca, pies, mano. Me dieron una taza oxidada y un plato quemado viejo. Así me he despertado.

La mujer rica, si tiene un hogar, está preocupada por sus hijos nomás, de educarles como gente decente, dice. La gente que no piensa cómo es la sociedad, vive como un animal, sólo piensa en su barriga. Se crece, se cruza, tiene su cría; cuando la cría es grande, se olvida. Una muerte que viene sin que haya cambiado nada para la sociedad. La muerte del rico es como la muerte del chanco, en sus propias personas pensaron, en llenar su barriga.

El Sindicato es como una candela para quemar los abusos de los patronos, para defender nuestra clase pobre. Sólo así entre nosotros podremos defendernos, con nuestro propio pie y fuerzas sin tener esperanzas en ellos nunca, orgullosas de ser sindicalistas, mujeres luchadoras contra los abusos. Esto debemos entender, nunca nos juntaremos y nos agacharemos ante los patronos, aunque nos paguen nuestro sueldo cuando exigimos. Compañeras, no basta conseguir una vida mejor para nosotras, sino hasta cambiar esta sociedad. Siempre vamos a conseguir con sangre, nunca con paz ni conciliación.

El Sindicato es sagrado porque nació de las lágrimas de las empleadas, de los golpes. Aun si desaparecen las dirigentas, siempre se levantarán otras compañeras porque el Sindicato no puede desaparecer. Sólo desaparecerá cuando ya no haya explotación.

Para cambiar esta sociedad, para hacer una nueva vida, no es facilito conseguir de la noche a la mañana, es como un parto que damos para que nazca un nuevo hombre, con sangre, con dolor. **J**

Egidia Jaime.

*José Carlos Mariátegui, “Ideología y Política”, Octava Edición, Biblioteca Amauta, Lima, 1977, p. 143 (escrito por J. C. Mariátegui en 1929).